OBRAS REUNIDAS IV

JUAN GARCÍA PONCE

La casa
en la playa
La cabaña
La invitación

OBRAS REUNIDAS

IV

JUAN GARCÍA PONCE

OBRAS REUNIDAS

IV

Novelas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

García Ponce, Juan
Obras reunidas IV. Novelas / Juan García Ponce. — México : FCE, 2005
495 p. ; 26 × 19 cm — (Colec. Obras Reunidas)
ISBN 968-16-7587-8

1. Novela 2. Literatura mexicana — Siglo XX I. Ser. II. t. III. t: La casa en la playa IV. t: La cabaña V. t: La invitación

LC PQ7297 .G815 Dewey M863 G532o

La casa en la playa, Joaquín Mortiz, 1966 y 2000
La cabaña, Joaquín Mortiz, 1969 y 2000
La invitación, Joaquín Mortiz, 1972 y 1999
Primera edición del FCE, 2005

[Primera edición en libro electrónico, 2012]

D. R. © 2005, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14110, Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: 55-5227-4672

Diseño de portada e interiores: R/4, Pablo Rulfo

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-968-16-6989-8 (Obra completa)
ISBN 978-968-16-7587-5 (empastado, tomo IV)
ISBN 978-607-16-1031-7 (epub)
ISBN 978-607-16-8292-5 (pdf)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

ÍNDICE

La casa en la playa • 9

La cabaña • 213

La invitación • 359

NOTA BIBLIOGRÁFICA • 491

LA CASA EN LA PLAYA

A Meche

I

Estábamos sentadas frente al mar. Los niños giraban a nuestro alrededor mojándose los pies con el último impulso de las olas, recogiendo continuamente conchas, caracoles pequeños, piedras planas, algas secas y llevándoselas a enseñar una y otra vez a Marta. Ella les respondía con unas cuantas palabras, encaminadas antes que a prestarles atención a desembarazarse de ellos, y seguía mirando sin ver hacia el frente, donde el cielo, manchado de verde por el reflejo del mar, y de rojo y amarillo por el del sol que no acababa de ponerse, se extendía infinito.

Me sentía incómoda y molesta. Al principio, había intentado atraer una vez más a los niños hacia mí e incluso me los llevé tomados de la mano a dar un paseo por la orilla para que Marta pudiera quedarse sola un momento, pero apenas se vieron un poco lejos me pidieron que los regresara junto a su madre y tuve que aceptar, consciente de que no sabía cómo hacerme obedecer. Sabía también que Marta no iba a hablarme y hubiera preferido alejarme sola; pero cuando me hicieron regresar me sentí obligada a quedarme a su lado y después de haberme sentado no encontraba la manera de irme sin que mi gesto pareciera una nueva traición.

Por la mañana, al salir a la playa, había encontrado la arena llena de peces muertos. Fue una sorpresa muy desagradable. Regresé corriendo a contárselo a Marta, pero ella no le dio ninguna importancia. Siguió dándole el desayuno a Eduardito y comentó:

—Es que el mar estuvo revuelto anoche. Siempre pasa. Ya verás qué distinto es todo de ahora en adelante.

La verdadera diferencia estaba en nosotras y la mejor prueba era que antes se lo hubiera dicho claramente en vez de quedarme callada; pero cuando regresé a la playa comprendí que también en eso, en parte, Marta tenía razón. Eran casi las diez y, sin embargo, en contraste con los días anteriores, la playa estaba desierta. Los botes que unos días antes se mecían sobre el mar, anclados a unos cuantos metros de la orilla, estaban ahora tierra adentro, en los patios de las casas, descansando tor-

pemente sobre dos rugosos troncos de palmera, perdida la gracilidad y el equilibrio que los distinguía sobre el agua, o cubiertos con una lona que escondía sus formas, señalando que estaban preparados ya para un largo descanso. Parecía imposible que la gente hubiera podido irse tan rápido, sin que yo me diera cuenta al menos, a pesar de las despedidas, en medio de la confusión de los últimos días; pero así era y ahora, como para darles la razón en su disimulada huida hacia la ciudad, el mar estaba gris y revuelto, y a lo largo de la orilla, además de la continua hilera de pescados muertos, diferentes tipos de algas que empezaban a descomponerse bajo el calor del sol manchaban la arena, dándole un aspecto sucio y desagradable.

A pesar de esto, no tenía ganas de regresar a la casa, al lado de Marta. Caminé por la orilla hasta el pequeño muelle de madera, al que todavía estaba atada la hermosa lancha que tanto me entusiasmó el primer día, y me senté en el extremo final a ver el mar, aunque el sol empezaba a picarme y tenía la boca seca. Después, uno de los niños del pueblo, descalzo, sin camisa y con el descolorido y remendado pantalón de mezclilla enrollado hasta arriba de la rodilla, llegó y se sentó a pescar a unos cuantos metros de distancia, volviéndose de vez en cuando para mirarme. Ahora eran otra vez los dueños de la playa, aunque yo estaba casi tan quemada por el sol como él. Recordé el día que salimos a pescar con Rafael. Mi anzuelo se había quedado atorado en algo por enésima vez y él, intempestivamente, se quitó la camisa y se tiró al agua, antes de que el pescador dueño del bote terminara de avisarle que era peligroso. Yo tenía el cordel en la mano todavía y cuando sentí que tiraba de él di un grito que hizo reír al pescador y a Eduardo. Un momento después, Rafael salió a la superficie. Nadó hacia la barca y cuando llegó, con el pelo sobre los ojos y el aliento entrecortado todavía, me acerqué instintivamente, le tendí la mano para ayudarlo a subir y dejé que al treparse me abrazara casi por completo, aunque sabía que Marta nos estaba mirando.

Sentí piedad y ternura por mí misma y me fui a sentar junto al niño. Él siguió con la mirada fija en el punto donde el cordel se hundía en el mar. Mi presencia y sobre todo mi cercanía parecían molestarle, pero fingí no darme cuenta y al cabo de un momento le pregunté tontamente si no picaban.

—Deben picar —dijo él, sin apartar la mirada del cordel—. El mar está revuelto.

—Y ¿eso es bueno? —insistí.

—Sí, cómo no —dijo él con seguridad.

—Es que yo no soy de aquí —expliqué.

Él se volvió un instante a mirarme.

—Lo sé. Es de México. Yo la he visto —dijo luego.

Hubiera querido seguir hablando, pero él no parecía dispuesto a decir más,

aunque me di cuenta de que de vez en cuando apartaba los ojos del cordel para mirarme disimuladamente las piernas y por un instante sentí el impulso de poner uno de mis pies descalzos sobre los suyos. Pero en lugar de hacerlo, me quedé a su lado sin hablar, sintiendo quizás un poco de envidia por su capacidad para concentrarse en el suave movimiento del cordel sobre las olas, hasta que el sol empezó a picarme insoportablemente en las piernas y a través de la blusa y me dieron ganas de ponerme el traje de baño y meterme al mar.

Me levanté. El niño se volvió otra vez y alzó la cabeza para mirarme.

—¿Ya se va?

—Sí. Voy a nadar —dije.

—Ah… —dijo él.

Había tal desilusión en su voz que me arrepentí de haberme movido.

—¿Tú no nadas? —pregunté para poder quedarme un momento más.

—A veces —dijo él—. Pero no me gusta.

Sonreí y le acaricié apenas la cabeza; pero él la apartó rápidamente, turbado, y volvió a quedarse mirando el cordel. No debía tener más de nueve o diez años. Desde la orilla, después de recorrer todo el muelle consciente de su presencia, me volví a mirarlo. Había recogido el anzuelo y estaba de pie, con el cordel enrollado en una mano, preparándose para tirarlo al mar otra vez.

El sol había secado por completo las algas despojándolas de su color y por encima de su olor a yodo y a sal se insinuaba el de los pescados muertos que empezaban a descomponerse también; pero ni siquiera eso era realmente desagradable, sino sólo natural.

Frente a la casa, Marta y los niños estaban ya en traje de baño. Celia, que era de las pocas que todavía seguían en su casa de la playa, estaba con ella. Sus niños jugaban con los de Marta, echados sobre la arena en el lugar donde se rendía el impulso de las olas. La saludé brevemente y me senté junto a Marta, sin hablar.

—¿No va a nadar? —me preguntó Celia al cabo de un rato, inclinándose hacia adelante para evitar que el cuerpo de Marta le impidiera verme.

Era la única que todavía se empeñaba en hablarme de usted, a pesar de la insistencia de Marta, de Rafael y de su propio marido.

—Sí, ahora mismo —contesté, inclinándome un poco también.

—Pensé que ya se había aburrido del mar. Nosotras siempre terminamos hartas —siguió ella.

—No, a mí me gusta todavía —dije yo—. Quizás sea porque no podría venir cada año.

—No, claro —dijo ella—. Pero irá a Acapulco, o a algún otro lado, ¿no?

—Sí, voy a veces. Pero es distinto —contesté yo, casi mecánicamente, cansada de ese tipo de conversaciones.

—Me lo imagino. Ahí hay gente todo el año. En cambio aquí… Fuera de estos meses es horrible y además empiezan los nortes. Yo siempre he creído que sólo Marta es capaz de aguantarlo; pero a ver qué le parece a usted. Hay muchas personas a las que la brisa las pone completamente histéricas.

—Ella se irá en unos días. No tienes que asustarla con ese cuadro terrible —intervino Marta.

—¿Se va? ¿Tan pronto? ¿Por qué? Por lo menos debe esperar a que terminen los rosarios, para acompañar a Marta —dijo Celia, fingiendo sorpresa y volviendo a inclinarse totalmente hacia adelante para mirarme.

—Me gustaría. Pero tengo que trabajar —contesté.

—Pero yo creí que iba a quedarse más tiempo. Rafael…

Dejó la frase sin terminar, como si de pronto se hubiera dado cuenta de que había cometido una indiscreción; pero Marta intervino en seguida con absoluta naturalidad.

—Rafael puede ir a verla a México si quiere. Tampoco es muy grave.

Por un momento me sentí otra vez a su lado; pero luego comprendí que quizás también ella tenía que defenderse y lo que nos unía era esa necesidad antes que nuestra relación. Sin embargo, Marta se volvió hacia mí y con la voz y la complicidad de antes, la que usábamos en la Facultad cuando estábamos con otras amigas o cuando queríamos turbar a algún muchacho, empezó a hablar de México, de su padre, de mis hermanos y mi madre, sabiendo que al hacerlo dejaba fuera de la conversación a Celia, que tenía que limitarse a hacer una pregunta de vez en cuando y trataba de volver todo el tiempo al tema del luto.

Al fin, aburrida, se levantó, llamó a su hijo mayor y se metió al mar con él en los brazos, sin quitarse su eterno sombrero de paja. Me levanté también y le dije a Marta que iba a ponerme el traje de baño. Ella me miró, sonriendo.

—No hagas caso de nada. Es cuestión de acostumbrarse a manejarlas.

—Ya lo sé —dije—. Pero yo no voy a hacerlo.

—Tendrás —insistió ella.

—No digas tonterías —dije yo tratando de seguir en el mismo tono; pero ella apartó la mirada.

Me puse el traje de baño y me metí en seguida al mar. El agua había perdido la asombrosa claridad de los días anteriores y ya no dejaba ver el fondo, pero todavía estaba tibia y mansa. Además, ahora que el ruido de los botes, los gritos de los niños y sobre todo la presencia constante de los demás a unos cuantos metros de

distancia habían desaparecido, resultaba mucho más agradable alejarse un poco y ver desde el mar la playa vacía, la interminable hilera de casas de veraneo, con las persianas cerradas hasta el año siguiente, acariciadas casi por las rumorosas palmas de los cocos, por un lado, y por el otro, la pequeña torre rosada de la iglesia, con los techos de paja de las casas del pueblo a su alrededor y las redes y las barcas de los pescadores, dueños otra vez de las cosas.

Luego, tirada sobre la arena, con los ojos cerrados y la cabeza ardiendo, adormecida por el terrible calor del sol y contenta de poder recibirlo libremente al fin, pensé que si hubiera llegado ahora en lugar de durante los meses de veraneo, las cosas hubieran sido diferentes quizás, aunque no sabía si lo deseaba. Rafael iba a venir por la tarde y yo quería hablar con Marta antes de verlo. Al pensar en él, recordé un instante a Pedro. En este momento, en México, él debía estar en la oficina, trabajando. Todavía no había contestado sus cartas y sabía que no iba a hacerlo. Por ahora era imposible pensar en eso, estaba demasiado lejos y era demasiado distinto, si no él, yo, y no sabía si sabría tratarlo y explicarle todo, suponiendo que hubiera algo que se pudiera explicar. Para olvidar eso, traté de pensar en don Manuel; pero también era imposible y me volví boca arriba, sin abrir los ojos. Marta, tal vez desde el mar, estaba llamando a uno de los niños. Eduardo no iba a venir a comer y por la tarde tendría que hablar con ella para poder irme tranquila.

Mucho después, Marta me mandó avisar con la nana que ya íbamos a comer. Desde el comedor seguía viéndose el mar, casi blanco y brillante bajo la luz del sol, lleno de matices y señales secretas. Comimos las dos, con los niños. Me gustaba mucho la manera en que Marta sabía hacerse obedecer por ellos, manteniéndolos dentro de los límites que deseaba sin ninguna violencia, sin perder jamás la paciencia, insistiendo en sus órdenes simplemente, con cariño y un sorprendente poder de persuasión. El primer día me había sorprendido ya y seguía sorprendiéndome ahora. Se lo dije y ella sonrió:

—No es ningún esfuerzo. Después de todo, se supone que si no somos más inteligentes, por lo menos tenemos más mañas que ellos.

Sin embargo, al mismo tiempo, la atención constante que había que prestarles, a pesar de la ayuda de las criadas, nos impedía conversar verdaderamente. En realidad, desde mi llegada fue igual, siempre estaba Eduardo o llegaba alguien de visita o ella tenía que hacer algo y nunca podíamos hablar libremente, hablar como lo hacíamos de solteras, en México. Tal vez ése es el cambio fundamental que se produce con el matrimonio: tus amigas dejan de serlo porque siempre hay algo que se interpone entre tú y ellas, algo contrario a la esencia misma de la amistad; pero parecía casi imposible que eso pasara entre Marta y yo. Aunque ahora me daba cuenta

de que, además, antes que nada yo estaba esperando a Rafael y la conversación que quería tener con Marta me parecía más un deber que una necesidad natural.

Antes de que termináramos el café, Celia y Lorenzo se presentaron "para acompañarnos" y comprendí que era inútil pensar que nos quedaríamos solas en algún momento. Delante de su marido, Celia era mucho menos agresiva, pero le era imposible abandonar el tono de distante curiosidad con que la mayor parte de las amigas de Marta y Eduardo que llegué a tratar me hablaron en todo momento, un tono que tenía la cualidad de hacerme sentir un fantasma salido de un pasado que todos consideraban inexistente por el simple hecho de no haberlo compartido con Marta.

En cambio, en los hombres, esa misma curiosidad tomaba un sentido diferente. Casi todos me hablaban con una especie de segundo sentido, como si cada una de sus palabras quisiera decir algo más de lo que podían decir delante de sus mujeres, aspirara a crear un pretendido lenguaje secreto, aun cuando sólo se estuvieran refiriendo a su trabajo o trataran de contestar alguna de las preguntas tontas que yo les hacía para tener algo de qué hablar. En este sentido, a pesar de la simpatía ocasional que me había demostrado, Lorenzo no era la excepción. Aprovechaba la pequeña diferencia entre el "usted" con que su mujer se dirigía a mí y el "tú" que él empleaba para tratar de crear la sensación de que existía un mayor grado de amistad entre él y yo, que en cierta forma él "sabía" y "comprendía" más sobre mí de lo que podía decir. Pero lo verdaderamente extraño es que ese juego ingenuo parecía gustarle también a las mujeres. Sentían una forma de orgullo demostrándome así que sus maridos —"además"— sabían tratar también a mujeres como yo —pero las preferían a ellas—.

Tal vez, al principio, todo esto me pareció divertido; era descubrir el mundo de Marta, primero, y, luego, el de Rafael; pero ahora no me sentía con ánimos suficientes para continuar el juego. Lorenzo se había sentado junto a mí, mientras Celia, para acentuar la diferencia, ayudaba a Marta a preparar más café; pero ella se asomaba a cada momento para intervenir en nuestra pobre conversación sobre el fin de la "temporada", lo que había pasado y el calor que hacía aún en la ciudad.

Después de tomar el café, Celia propuso que jugáramos una canasta. A pesar de su insistencia, dije que lo sentía mucho pero estaba demasiado cansada y quería ver si podía dormir un rato, y me encerré en mi cuarto sin molestarme en atender sus protestas. Desde ahí, desnuda sobre la cama, tratando de no sudar, los oí hablar un momento todavía, antes de quedarme dormida, pensando vagamente en el regreso, en la difícil despedida de la madre de Eduardo, la presencia de Rafael y, un poco también, en Pedro…

Me despertó Marta llamando a la puerta; medio dormida todavía le pregunté qué pasaba.

—Nada —explicó—. Es que ya casi son las seis. ¿No quieres que vayamos a la playa un momento?

—Entra —dije.

Se sentó en la orilla de la cama y me miró.

—Qué quemada estás…

Sonreí.

—Sí; ha sido mucho tiempo. ¿Ya se fueron ésos?

—Hace un instante —dijo ella, alzando los hombros, con un gesto de fastidio—. No quieren faltar a ningún rosario.

Me quedé callada un momento, pensando si debería decirle que también ella estaba quemada o cualquier otra cosa que indicara que también se veía guapa y luego, en lugar de eso, le pregunté si creía que Eduardo vendría a dormir.

—No sé. Si viene no será antes de las ocho —contestó ella.

—También va a venir Rafael —dije entonces, sin pensarlo.

—Lo sé —dijo ella.

—¿Quieres verlo?

—¿Por qué no? Cualquier otra cosa sería absurda. Hace mucho que somos amigos. En realidad, creo que es el único amigo que he tenido. Y lo quiero de veras, como amigo.

Me senté porque me sentía incómoda hablando acostada con ella, pero al hacerlo sentí de pronto que yo también la quería mucho y le tomé la mano.

—Soy yo, Marta. No seas tonta. ¿Por qué no podemos hablar? Yo vine aquí para estar contigo. Sólo para eso. Y tenía muchas ganas de hacerlo. Siempre había pensado que primero que nada estábamos nosotras. ¿No te acuerdas?

Ella se quedó callada.

—No sé —dijo luego—. Parece que ahora todo es distinto. Quiero decir, desde el principio, desde que llegaste. No es de ahora; es que es demasiado diferente. Creo que no tengo nada que decirte o que no sabría cómo hacerlo, y para el caso es lo mismo. ¿No crees?

—Pero seguimos siendo amigas.

—Sí, desde luego. Lo sé perfectamente; y lo creo. Quizás lo que pasa es que no podemos ser amigas igual que antes.

—¿Por qué? Yo también lo he pensado y no lo entiendo por completo. Sé que hay algo que está entre tú y yo, aparte de todo lo demás. ¿Por qué?

—Yo tampoco puedo entenderlo bien. Pero quiero averiguarlo, hoy mismo. Ya

no somos las mismas, hemos cambiado sin darnos cuenta. Es inútil hablar de eso, en todo caso tendríamos que hablar de otras cosas, no de nuestra amistad. Para mí está ahí de todas maneras —hizo una pausa y agregó—: Vamos a la playa, los niños están esperando.

Me levanté de la cama, me puse otra vez los shorts y una blusa y empecé a arreglarme, frente al espejo. Marta siguió sentada en la misma posición.

—¿Piensas que soy una puta? —pregunté de pronto, dándole la espalda, sin volverme a mirarla.

—Claro que no —dijo ella—. ¿Y tú? ¿Qué piensas de mí? Después de todo, lo mío es mucho peor. ¿Qué piensas?

—Prefiero no decirlo —dije, riéndome.

Ella se rió también y luego dijo:

—No hay que hablar así. Es el colmo.

Me volví a mirarla, seria otra vez, y le pregunté qué pensaba hacer.

—Nada —dijo ella desviando la mirada—. No quiero hablar de eso. No contigo; ni con nadie. No me gusta. Tiene algo ofensivo. No deberíamos haberlo mencionado.

Comprendí que era inútil insistir y nos fuimos a la playa con los niños, separadas de nuevo y más profundamente.

Rafael llegó antes de que el sol se pusiera por completo y nos llamó a gritos desde la carretera, sacando la mano por la ventanilla del coche.

—¡Heeey!

Su sonrisa era simpática, y contagiosa, incluso desde esa distancia, desde la que más que verla la intuía. Instintivamente, me miré las piernas y me alegré de haber salido descalza. Pensé que tal vez Marta estaría examinándose de la misma manera y evité mirarla. Era extraño que no sintiera celos de ella, sino una cosa distinta, imposible de definir, que partía de la suposición de que en principio algo de él le pertenecía a ella por derecho propio, algo que nunca sería mío y que quizás tampoco quería.

Marta se puso de pie después de mí y le tomó mecánicamente la mano a Eduardito, que estaba sentado junto a ella en el momento de llegar Rafael; pero ninguna de las dos nos movimos antes de que él estuviera a unos cuantos pasos de nosotras.

—¡Qué soledad! ¿No? —dijo él entonces, sin dirigirse a ninguna de las dos en especial, y las dos sonreímos al mismo tiempo.

Luego, Rafael se inclinó para darle un beso al niño y mientras se incorporaba siguió hablando.

—Eduardo llega más tarde. Ha tenido que arreglar varias cosas. Te tiene una sorpresa.

Hizo un gesto indefinido y se volvió hacia el otro niño.

—Y tú, ¿no me saludas? —dijo, tomándolo en sus brazos.

El niño le dio un beso en la mejilla; con él todavía en los brazos, Rafael se volvió hacia mí.

—Hola.

—Hola —dije yo.

Él volvió a dirigirse en seguida a nosotras dos.

—Estoy muerto de cansancio y además aburrido, qué aburrido puede ser todo —dejó al niño en la arena otra vez y siguió—. Ha hecho un calor espantoso. ¿Se atreverían a nadar? Todavía hay luz.

—Yo no, desde luego —dijo Marta.

Rafael dudó un instante y se volvió hacia mí.

—¿Y tú?

—Si quieres que te acompañe, sí —dije yo.

—Tal vez no vale la pena. Tendría que cambiarme y no tengo ganas de ver a Celia —dijo lentamente.

—Ellos se van al rosario —intervino Marta.

—Menos mal —dijo Rafael, pensativo; luego cambió de tono y preguntó—: ¿Nos vamos a dar una vuelta en el coche entonces?

—¿Tienes que estar haciendo algo siempre? —dijo Marta, sonriendo a medias—. No veo por qué no podemos quedarnos tranquilamente aquí. Yo no puedo dejar a los niños.

—Estoy aburrido —dijo él, sonriendo a medias también.

—Vete con Elena —dijo Marta, sin ninguna agresividad, y luego agregó, dirigiéndose a mí—. Si quieres…

—¿Vamos? —preguntó Rafael.

—Sí —dije yo—. Vamos.

—¿De veras no quieres venir? —le dijo él todavía a Marta—. Podemos llevarnos a los niños.

—No; si va a venir Eduardo prefiero esperarlo —contestó ella.

—Como quieras —dijo Rafael—. Volvemos en seguida entonces. Hasta luego.

Me tomó del brazo y caminamos hacia el coche.

—¿A dónde quieres ir? —me preguntó antes de arrancar.

—Adonde quieras. Da lo mismo.

—Podemos ir a tomar un helado. O a la ciénaga. No has ido a la ciénaga todavía, ¿verdad?

—No.

—Vamos entonces. Es formidable. A esta hora la salina se ve fantástica.

Puso en marcha el motor y antes de arrancar se volvió a mirarme verdaderamente por primera vez.

—¿Cómo estás?

—Bien —dije un poco turbada.

Eduardo estaba en la casa cuando regresamos. Marta había acostado a los niños y él estaba preparándose una copa.

II

Cuando Marta me escribió invitándome a pasar unas semanas con ella llevaba casi un año sin noticias suyas. Como cada año, su padre me había llamado por teléfono un día antes de Navidad para felicitarme y gracias a su llamada yo me había ocupado de enviarle a ella una tarjeta, prometiéndole escribir pronto; pero no recibí contestación y tampoco cumplí mi promesa. Dentro de la diaria rutina del trabajo, el tiempo pierde su continuidad y todos los días se transforman en uno solo, sin que las pequeñas diferencias que se producen en las horas vividas fuera de él lleguen a romper la monotonía. La carta de Marta me hizo advertir, con sorpresa, que ya estábamos en abril y yo llevaba cinco meses con Pedro.

Marta quería que me fuera a pasar las vacaciones de mayo con ellos y me aseguraba que allí ése era un mes espléndido para estar en la playa. Su carta estaba escrita con una extraña timidez, que me pareció el resultado de un esfuerzo por mantener oculto algo en lo que ni siquiera quería pensar. Así, convertía la invitación en una idea súbita que, a pesar de lo inesperada, no tenía ninguna importancia. Aunque después de tanto tiempo era imposible aceptar su proposición como algo natural, a mí me gustó la idea de visitarla al fin y saber cómo vivía. Le contesté en seguida diciéndole que trataría de arreglar las cosas en la oficina. Ella me escribió inmediatamente urgiéndome a hacerlo. En esa segunda carta confesaba que estaba muy sola y me decía que le haría un gran favor yendo lo antes posible; pero sólo pude conseguir permiso para adelantar las vacaciones de septiembre, agregándoles unos días más, y salí a mediados de agosto. Pedro fue a dejarme al aeropuerto y al despedirnos, después de besarlo con un auténtico sentimiento de lástima por haber provocado esa breve separación, prometí escribirle todos los días.

El avión salió con casi una hora de retraso. Tuve que esperar sola en el aeropuerto, sin saber qué hacer ni cómo matar el tiempo, porque le había pedido a Pedro que me dejara unos minutos antes de que nos avisaran que la salida se había pospuesto y cuando al fin despegamos tenía la sensación de haber iniciado el viaje

mucho antes. Sin embargo, durante el trayecto no pude dormir como era mi intención, ni tampoco leer, porque mi compañero de viaje me estuvo hablando continuamente. Era un muchacho de unos dieciocho años que regresaba de Estados Unidos a pasar las últimas semanas de sus vacaciones con sus padres y se empeñó en explicarme todo con respecto a Mérida apenas supo que era mi primera visita. Por supuesto, conocía a Eduardo y a toda su familia; y aunque no recordaba a Marta me aseguró que la reconocería apenas la viera, como si el hecho de no tenerla presente implicara en cierto sentido una falta. Su aspecto era agradable; pero en toda su conversación había una especie de seguridad excesiva en relación con su juventud que lo hacía parecer un poco pedante. Oyéndolo, traté de compararlo con los muchachos que habían sido mis compañeros en la Preparatoria y, aunque él era distinto de lo que yo recordaba de ellos, me di cuenta, con cierta nostalgia, de que yo también había dejado atrás esa época hacía mucho tiempo y jamás podría recuperarla, volver a su tono y a su sentido. Ahora podía escuchar la conversación de mi compañero de viaje sin que su ingenuidad y la falsa seguridad implícita en todas sus afirmaciones me despertaran la antigua necesidad de burlarme, y comprobar esto me hizo sentir ligeramente irritada, no con él, sino conmigo misma.

Después de darme toda la información que le pareció conveniente y de asegurar varias veces que la familia de Eduardo era muy rica y muy conocida, me preguntó si yo también estaba casada. Le conté algunas cosas de mi trabajo y mi vida en México, y por primera vez él se quedó callado un momento, evidentemente desconcertado. Luego confesó sonriendo, sin poder ocultar su turbación:

—Usted es la primera abogada que conozco; aunque en Estados Unidos muchas mujeres trabajan.

—En México también —dije yo.

Habíamos dejado atrás el mar, que hasta entonces había vislumbrado de vez en cuando, verde y tranquilo, por entre las nubes blancas, y estábamos volando sobre tierra otra vez. El avión dio vuelta repentinamente, inclinándose hacia un lado y yo, sorprendida, me agarré instintivamente del brazo de mi compañero de asiento. Él me miró un instante y explicó:

—Ya vamos a llegar. Hay que abrocharse los cinturones. Siempre hay corrientes de aire sobre la península y el avión se mueve mucho.

Obedecí su sugestión y poco después el avión empezó a moverse más y el letrero ordenando que nos abrocháramos los cinturones se prendió sobre la puerta de la cabina; pero desde ese momento me di cuenta de que disimuladamente él buscaba poner su brazo junto al mío y al sentir el contacto hacía una ligera presión para hacerlo más evidente. Por fortuna, llegamos en seguida.

Desde la escalera, mientras bajábamos, mi compañero me señaló a Eduardo.

—Ahí están por usted.

Vi a Marta junto a él, con un niño en los brazos, y agité la mano, saludándolos, encantada. En la puerta, mi compañero me devolvió el maletín que se había ofrecido a llevarme; me dijo que se llamaba Jorge Rendón y esperaba volver a verme. Le di la mano y lo perdí de vista entre la gente que recibía a los viajeros.

Hacía un calor espantoso. Sudando, abracé a Marta y dejé que Eduardo se ocupara de recoger mi maleta sin llegar a cambiar más de tres palabras con él. En los brazos de Marta todavía, el niño me miraba con ojos asombrados, sin saber exactamente cómo debía reaccionar. Hasta entonces nada más lo había visto en fotografías y me sorprendió de pronto que fuera realmente hijo de Marta, como si sólo ahora empezara a existir verdaderamente para mí.

—¿Es el mayor? —pregunté.

—No, tonta; el chico —contestó Marta.

Yo no recordaba cómo se llamaba y se lo pregunté.

—Roberto; como mi padre —dijo ella—. ¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto idiota?

—Espero que no —dije, y las dos sonreímos un poco tontamente, conscientes de que en realidad no sabíamos qué decir.

Sin embargo, estaba muy contenta de volver a verla. Era la misma Marta de siempre, un poco más delgada, con el pelo corto en lugar de la larga trenza de antes y un niño en los brazos, pero la misma de siempre. Volví a abrazarla y ella sonrió, como si al fin terminara de reconocerme.

—¿Cómo estás? —dijo.

—Muy bien. ¿Y tú?

—Bien, muy bien también —dijo ella—. Ya hablaremos.

—Desde luego —dije yo—. Todo el tiempo. No quiero hacer otra cosa. ¿Hace siempre este calor?

—Aquí sí; un poco menos tal vez. Pero en la playa no se siente. No te preocupes.

Nos quedamos calladas un momento; luego, yo comenté:

—El niño no se parece a ti.

—No. Ni tampoco el otro. Los dos salieron a Eduardo —dijo ella.

—¿Dónde está el otro?

—Con mis suegros. Ahora pasaremos a recogerlo —le hizo un cariño al niño, que seguía mirándome asombrado, y agregó—: Me da mucho gusto que hayas venido.

Eduardo estaba ya a nuestro lado, con mi maleta.

—¿Vamos? —preguntó, mirándonos, contento.

Al salir, mi compañero del avión me saludó con un gesto de la mano, desde lejos, y los señores que estaban con él se volvieron a mirarme. Eduardo y Marta los saludaron inclinando la cabeza. Ella me preguntó de dónde conocía al muchacho y le expliqué que había venido sentada junto a él.

—Sus padres son muy amigos de los de Eduardo —dijo Marta, en el coche ya.

Se había sentado atrás, con el niño, y yo iba adelante con Eduardo, que manejaba. Al oír a Marta, él se encogió de hombros y se volvió hacia mí.

—Aquí todos son amigos, así que no es nada especial. ¿Qué te parece esto? —preguntó luego, abarcando con la mirada el camino.

Habíamos salido de los terrenos del aeropuerto y avanzábamos por una carretera cercada de árboles. La ventanilla abierta permitía que el aire caliente me diera en la cara; del asfalto de la carretera se levantaba también una ola de calor.

—Diferente —dije, mirando las ramas delgadas de los árboles y la cerca de piedras casi blancas detrás de ellos.

—Sí, es muy diferente. Ya lo verás —confirmó él.

Después, Marta empezó a preguntarme por mi madre y mis hermanos, y seguimos hablando de México, aunque a mí me parecía ya que todo lo relacionado con mi vida se había hecho increíblemente distante.

El coche avanzaba ahora por una avenida que tenía unas palmeras altas y esbeltas en el centro. A los lados, la vegetación era asombrosa, no sólo por los colores, sino también por la forma de los árboles, que unas veces se extendían a lo ancho formando con sus vastas copas una especie de plato y otras se levantaban ligeros y firmes al mismo tiempo, mientras a su alrededor crecían toda clase de arbustos y enredaderas de un tamaño excepcional. Entre los árboles, las casas con techo de paja y las redondas paredes encaladas apenas se destacaban. Pero conforme entrábamos a la ciudad empecé a ver otras cosas más grandes, pintadas de blanco o de colores pálidos, con terrazas, corredores y cuidados jardines que intentaban seguir el estilo francés. Luego tomamos una calle empedrada, en la que habían desaparecido los jardines, y las casas, de un solo piso, con amplias ventanas coloniales, dejaban ver su austero y sombreado interior, y finalmente salimos a otra avenida más amplia aún que la anterior, con árboles a los lados y un pequeño camellón en el centro.

Mientras yo hablaba con Marta, Eduardo había seguido continuamente mi mirada y al entrar a la avenida comentó:

—Éste es el Paseo Montejo.

—Está orgullosísimo —se rió Marta—. Dile que te gusta.

Me reí también y le pregunté a Eduardo qué árboles eran los que bordeaban la avenida.

—Laureles de la India, y tamarindos —explicó.

Detrás de ellos habían vuelto a aparecer los jardines, cercados con rejas de hierro forjado y más grandes aún que los anteriores, rodeando las casas, enormes también. Eduardo se detuvo al fin frente a una de esas casas y se bajó a abrirme la puerta.

—Aquí viven mis padres —dijo—. Tenemos que bajar un momento.

A través de la reja pude ver que el jardín, que debió haber sido trazado cuidadosamente, estaba ahora bastante descuidado. Las plantas vencían las formas impuestas y se extendían libremente, invadiendo los caminos y mezclándose entre sí. Y el mismo descuido se advertía en la pintura de la casa, sobre la que la lluvia había marcado líneas oscuras, especialmente alrededor de las ventanas y de los adornos que decoraban la fachada. Sin embargo, este descuido mejoraba en lugar de destruir el encanto de la casa, dando a los enormes corredores, a las columnas, a los marcos de las innumerables puertas y ventanas un entrañable sello de tiempo vivido. Éste se imponía a la sensación de frialdad que originalmente debía producir el aspecto demasiado imponente de la construcción.

Atravesamos el jardín sin que nadie saliera a recibirnos y, mientras avanzábamos por uno de los corredores, el niño mayor de Marta salió corriendo de algún lado, seguido por una nana que trataba inútilmente de tomarle la mano, y me extendió los brazos. Lo cargué instintivamente; pero apenas se vio en mis brazos, el niño dejó de sonreír y buscó ansiosamente a Marta con la mirada, sin dejar que yo lo besara, apoyando las manos en mis hombros para apartarse de mí. Eduardo se rió.

—Te confundió con Marta —dijo y luego se dirigió al niño, que seguía en mis brazos—. Es una amiga de mamá. ¿No te gusta?

El niño le tendió los brazos y tuve que pasárselo; pero apenas vio a Marta, que venía unos pasos atrás, volvió a hacer lo mismo y Eduardo lo pasó a su vez a los brazos de ella, recogiendo al otro niño. En tanto, la madre de Eduardo se había acercado también. Ella no había ido a la boda de Marta y Eduardo, y yo no la conocía. A pesar del calor, estaba vestida de oscuro. Por lo que Marta me había dicho de ella no debía tener más de cincuenta años, pero tenía el pelo completamente blanco. Sus ojos, claros y dulces, en contraste con las líneas un tanto duras de su cara, eran también los de Eduardo. Mientras me estrechaba la mano, independientemente de lo que decía, me interrogaba con ellos, como si la verdad de esos ojos no correspondiera a la de sus palabras y al mismo tiempo esperara que yo respondiera de igual modo a ese diálogo oculto.

—Me da mucho gusto que haya venido. Aunque estos meses son muy animados, comprendo que Marta tiene que sentirse muy sola, aislada como la tiene mi

hijo en la casa de la playa. Ojalá le guste y pueda quedarse una temporada larga. Yo siempre me opuse a la locura esa de irse a vivir a la playa; pero ellos insistieron tanto que fue imposible dejar de ceder. Ahora, con usted a su lado, estará acompañada al menos.

Marta intervino para aclarar que yo sólo podría quedarme unas semanas y ella contestó dirigiéndose nuevamente a mí:

—¿Nada más? ¡Qué pena! ¿No podría quedarse más tiempo?

—Me gustaría mucho, señora —dije—. Pero tengo que trabajar.

—Ah, comprendo —dijo ella—. Tiene que perdonarme. No me acostumbro a la idea de que ahora las muchachas como ustedes tengan que trabajar también. Todo es tan distinto…

Yo sonreí tontamente, enojada conmigo misma, porque a pesar de que me había imaginado mucho antes cómo era, su presencia me imponía un poco y no sabía qué contestarle.

—Llévala a saludar a tu papá, Eduardo —siguió ella—. Estoy segura de que le dará mucho gusto verla. Está en su despacho. Yo me quedaré aquí con los niños —volvió a estrecharme la mano y agregó—: Me da mucho gusto que esté aquí. Espero que vendrá a cenar con nosotros alguna noche.

Marta aseguró que lo haríamos y ella siguió hablándome a mí.

—Dicen que el calor es inaguantable aquí en estos meses; pero no creo que sea mucho peor que en la playa. Lo que hay que hacer es no pensar en él…

—¿Vamos a ver a mi padre? —dijo Eduardo, ligeramente impaciente.

—Sí, vayan, vayan. Ya no les quito más tiempo —agregó ella en seguida.

Atravesamos una habitación de techos altísimos, amueblada con sofás y mecedoras de mimbre, y salimos a un patio interior en el que también había varios árboles enormes.

—El despacho de mi padre está al fondo —explicó Eduardo.

Y al llegar se detuvo un momento frente a la puerta cerrada antes de decidirse a tocar.

—Ya sabes que está enfermo, ¿verdad? Pero no le digas nada. Él prefiere que no se hable de eso.

—Sí. Está bien —dije.

Eduardo tocó al fin y don Manuel respondió que pasáramos.

Después me di cuenta de que la habitación tenía tres ventanas; pero las pesadas cortinas corridas la mantenían en penumbra. La única luz provenía de una pequeña lámpara colocada sobre el escritorio detrás del que estaba sentado el padre de Eduardo. Yo lo había conocido cuando fue a México a pedir a Marta, y después

volví a verlo en la boda; pero ahora su aspecto era completamente distinto. Nos recibió sin moverse de su asiento, pidiéndonos en voz baja y con dificultad que nos acercáramos.

Marta atravesó la habitación y le dio un beso al que él respondió acariciándole ligeramente la cara. Yo me quedé junto a Eduardo, al otro lado del escritorio.

—Perdona que te reciba sentado —dijo él, con dificultad—. Mis hijos ya te habrán explicado —hizo un gesto de impaciencia y dejó la frase sin terminar—. Casi no puedo moverme, ni hablar… —siguió.

No supe qué contestar y durante un momento todos nos quedamos callados. El ruido del ventilador colocado a un lado del escritorio se hizo demasiado evidente.

—¿Tuvo buen viaje? —me preguntó don Manuel al fin.

—Sí, magnífico —dije—. Y la ciudad es preciosa. Bueno, al menos el camino desde el aeropuerto hasta aquí.

—Es bonita, sí —dijo él—. Yo ahora casi no salgo, pero me hubiera gustado enseñarle algunas cosas. Tendrás que hacerlo tú, Eduardo.

—Sí, papá —dijo Eduardo.

El padre se volvió hacia Marta.

—No la dejen aburrirse, paséenla… ¿Ya le enseñaron la casa?

—Vamos a hacerlo luego —dijo Marta.

—Y mamá quiere que vengamos a cenar una noche —siguió Eduardo.

—Bien, muy bien —dijo él—. Ahora vayan afuera. Esta oscuridad no es buena. Ya hace demasiado calor, ¿verdad? —terminó dirigiéndose a mí.

—Sí, un poco —dije yo, sonriendo forzadamente.

—Vayan entonces. Me da mucho gusto haberla visto otra vez.

Antes de salir, Eduardo le preguntó si no quería que abriera las cortinas, pero él contestó que no era necesario y volvió a insistir en que saliéramos a la luz. Recordé su seguridad y su alegría cuando lo conocí en México y la facilidad con que se había ganado al padre de Marta, y me pareció absurdo que ella me hubiera hablado tan poco en sus cartas del estado en que estaba ahora; pero también comprendí que durante los últimos años nos habíamos escrito muy poco y yo ni siquiera recordaba exactamente cuándo le había dado el ataque al padre.

En el corredor otra vez, me sentí obligada a decirle a Eduardo que el aspecto de su padre me había impresionado mucho, confesándole que no sabía que estaba tan mal; pero él parecía haberse acostumbrado a la situación y me respondió con absoluta naturalidad que en realidad había mejorado mucho.

—Lo que es absurdo es que se pase el día encerrado en ese cuarto —dijo Marta—. En la playa estaría mucho mejor. Si pudiéramos convencerlo…

—Sí, si pudiéramos. Pero ya lo conoces. Es inútil insistir en eso —contestó casi secamente Eduardo.

La madre nos esperaba en el comedor con los niños. Apenas nos acercamos me preguntó cómo había encontrado al padre y tuve que admitir que no sabía que el ataque hubiera sido tan fuerte y que verlo me había sorprendido un poco; pero por fortuna Eduardo interrumpió la conversación para decirle que teníamos que irnos. En tanto, Marta tenía ya al niño menor en los brazos y gritó hacia el jardín, llamando al otro. Apareció en seguida, corriendo hacia nosotros y apenas estuvo junto a Marta empezó a contarle que había visto una lagartija enorme entre las rosas, pero su nana no lo había dejado agarrarla. Antes de que terminara de contar su historia, Eduardo lo tomó de la mano y empezó a caminar hacia el coche. La madre insistió en acompañarnos hasta la reja y después de despedirse repitió todavía que no dejáramos de avisarle qué día queríamos cenar con ellos.

Antes de salir de la ciudad, recordé que le había prometido a Pedro enviarle un telegrama apenas llegara; pero me sentí incapaz de pedirle a Eduardo que pasara todavía por la oficina de telégrafos y decidí que le escribiría al día siguiente. En menos de dos horas, México parecía haberse alejado de mí años enteros.

Ahora, bordeada de árboles de anchas copas cubiertas de flores rojas, la carretera se abría en línea recta frente a nosotros y la amplitud del horizonte hacía más extraño aún ese paisaje sin límites, en el que sólo de vez en cuando las redondas manchas verde oscuro de un grupo de árboles, junto a las que se elevaban también las torres de los molinos de viento que Marta identificó para mí como veletas, rompían la monotonía aguda del henequén, cuya esbeltez y belleza, dentro de su radical simetría, me sorprendió.

—Es un paisaje muy duro, ¿no es cierto? —dijo Eduardo por encima del ruido del viento que se metía por las ventanillas abiertas.

Y tenía razón. Había algo distinto y hermoso, una hermosura dura e inhóspita, en la regularidad con que los sembrados de henequén se sucedían unos a otros, variando nada más en el tamaño de las plantas, que unas veces apenas se dejaban ver entre las piedras y otras crecían en todo su tamaño, con la larga vara vertical en la que estallaba una flor roja señalando su próximo fin. El perturbador sentido de esa flor, cuyo nacimiento indicaba que la planta había alcanzado su máximo crecimiento y moriría, me fue revelado mucho después por Rafael.

Marta, inclinada hacia adelante, con los brazos y la cabeza apoyados en el respaldo de nuestro asiento, trataba de explicarme todo aunque el ruido del aire que despeinaba sus cabellos no me permitía seguir con claridad sus palabras; pero así,

el olor del mar se hizo evidente aun antes de que el principio de la ciénaga nos señalara que ya estábamos cerca de él.

—Ya huele a mar —dije.

Y Eduardo aclaró.

—A mar podrido. Mira, es la ciénaga. Aquí estamos bajo el nivel del mar.

En ese momento, la cerrada maraña de arbustos que había sucedido a las plantas de henequén durante los últimos metros, se abrió para dejar paso al manglar y a los juncos de la ciénaga. Ésta se ramificaba en innumerables canales interrumpidos por nuevos brotes de juncos, produciendo en conjunto una sensación de misterio. Eduardo dijo que se podía recorrer esos canales en un bote pequeño y yo comenté que debería ser muy agradable; pero Marta agregó inmediatamente:

—Es el lugar del mundo donde hay más mosquitos. No te recomiendo ese paseo. Sólo Eduardo puede aguantarlo.

Avanzamos por el terraplén que separaba la carretera de la ciénaga y en seguida aparecieron las primeras casas del puerto, casas sin enjalbegar, que dejaban ver las paredes de piedra y cemento, en lugar de las de ladrillo a los que yo estaba acostumbrada. Frente a las puertas abiertas, sus dueños se reunían en pequeños grupos, balanceándose en sus mecedoras. Después de recorrer cuatro o cinco cuadras más en las que la gente que caminaba libremente por el centro de la calle dificultaba el tránsito, desembocamos en la plaza. En la carretera nos habíamos cruzado ya con varios automóviles, pero sólo ahora me di cuenta de que el tráfico era mucho más intenso que en Mérida. La plaza, sin árboles, se veía demasiado grande para el lugar, pero, como las calles, estaba llena de gente que descansaba en las bancas o circulaba de un lado a otro conversando animadamente. Unas cuadras más adelante dimos vuelta y tomamos otra calle, llena de puestos que estorbaban la circulación y con tiendas y cantinas de las que salía el ruido de las sinfonolas detrás de los sombreados soportales que formaban la banqueta. El niño mayor, que se había dormido, levantó la cabeza un momento para decir que quería un helado; pero nadie le contestó y volvió a quedarse dormido.

—¿Te gusta? —me preguntó Eduardo.

Contesté sinceramente que sí y le pregunté por qué había tanta gente.

—Son los meses de temporada. Todo el mundo se viene a la playa, hasta los que no tienen donde estar —me explicó Marta y luego le preguntó a Eduardo si no iba a salir al malecón para que yo viera el mar.

Él contestó dirigiéndose a mí:

—Ya sólo faltan cuatro kilómetros. ¿No te importa esperar? El tráfico es espantoso.

Respondí que me daba lo mismo, aunque la sensación de estar tan cerca del mar sin haberlo visto todavía me hacía sentir impaciente, y él siguió conduciendo el coche por la misma calle, en la que casas como las de la entrada habían sustituido a las tiendas y cantinas, hasta que de pronto se convirtió otra vez en carretera.

En lugar de henequén, a los lados, se veían ahora cocotales y entre ellos algunas casas de madera. Continuamente nos cruzábamos con otros coches y Eduardo sacaba la mano por la ventanilla para saludar.

—El mar está ahí, detrás de los cocos. Fíjate y lo verás —me dijo Marta; y Eduardo comentó:

—Va a terminar saturada de mar. No quieras anticipárselo tanto.

Un coche se cruzó con nosotros y desde él alguien tocó largamente el claxon y sacó medio cuerpo fuera de la ventanilla, saludándonos.

—Es Celia —dijo Marta—. Está muerta de curiosidad. Te apuesto que dentro de un momento está en la casa.

Eduardo sonrió, sin contestarle. Volvimos a avanzar por entre una doble hilera de casas, ahora mucho más lujosas. El niño mayor volvió a despertarse y preguntó si no llegábamos todavía, y Eduardo respondió para él y para mí al mismo tiempo, frenando ligeramente y dando vuelta:

—Sí, ya llegamos.

Habíamos entrado a un patio interior con el piso de arena aplanada; cinco o seis cocoteros y uno de los árboles con flores rojas se mecían suavemente tocando casi el barandal de la terraza que rodeaba el segundo piso de la casa. La parte posterior daba al patio. Estaba pintada de blanco y desde el coche pude ver el portal lateral que daba vuelta frente a la playa. Eduardo se bajó del coche y me abrió la puerta mientras Marta, con el niño menor en brazos, salía también.

—Ven, ven a ver el mar —dijo Marta, con el niño en brazos todavía.

Eduardo se quedó sacando mi maleta de la cajuela y nosotros caminamos hacia el corredor. Una criada, vestida con el traje típico de la región, salió a recibirnos y recogió al niño de los brazos de Marta. Apenas subimos los cuatro escalones que llevaban al corredor, vi el mar. A ambos lados de la casa, la playa se extendía infinitamente en línea recta, increíblemente blanca y limpia, hasta confundirse con el cielo y el mar en el horizonte. Las olas rompían con suavidad a unos cuantos metros de la casa, que estaba separada de ellas sólo por la raya blanca de la arena. El semicírculo del mar, verde claro primero, más oscuro después, y finalmente azul, se extendía interminablemente y cambiante, vivo y misterioso frente a nosotros. Aunque el sol estaba muy bajo ya, había unos cuantos bañistas; sus cabezas se mecían sobre las olas como si estuvieran desprovistos de cuerpo, igual que, un poco más lejos y

con un balanceo mucho más pronunciado, lo hacían unos cuantos botes y dos o tres veleros de altos mástiles; pero con la excepción de varias sombrillas multicolores agitadas por el viento, la playa estaba desierta. El niño mayor nos alcanzó y tomó a Marta de la mano, pero ella lo mandó a ayudar a su papá y él obedeció encantado; después, Marta se volvió hacia mí, sonriendo:

—Es bonito, ¿verdad?

—Es formidable —dije yo—. Es una suerte maravillosa que puedas vivir aquí.

Ella no respondió.

Me senté en el pretil del corredor para quitarme los zapatos, atravesé descalza la franja de arena y metí los pies en el mar. El agua estaba tibia. Marta se quedó de pie unos cuantos pasos detrás de mí. Uno de los bañistas agitó el brazo, y ella respondió con el mismo gesto.

—¿Quién es? —pregunté.

—Un amigo de Eduardo —dijo ella—. Los conocerás a todos, no te preocupes. Ahora ya es tarde; pero ya verás cómo está esto por la mañana. No se puede dar un paso.

Me pareció que el tono con que dijo esto revelaba un cierto desaliento y le pregunté si no estaba contenta.

—Sí —dijo ella—. Estos meses son muy animados y ahora, además, estás tú… Mira el sol.

Se veía como una bola enorme en medio del cielo blanco, que empezaba sin embargo a mancharse de rojo, junto con el mar; pero ahora yo quería hablar con ella.

—Tu carta me sorprendió mucho —dije.

Ella sonrió, sin alegría.

—No debes hacerle caso. Estaba deprimida cuando la escribí.

—¿Y ya no lo estás?

—No sé. No se trata de depresión exactamente. Es algo distinto; un poco difícil de explicar. Esto no es siempre como tú lo vas a ver ahora. La mayor parte del año Eduardo y yo estamos bastante solos; aquí sólo hay gente estos dos meses; son tan absurdos que sólo vienen a veranear; como si no fuera verano todo el tiempo. Eduardo tiene que irse a trabajar y yo me quedo sola todo el día. Antes decíamos que queríamos estar solas siempre, ¿te acuerdas? Pero te aseguro que puede ser muy aburrido.

—Pero ¿estás bien con Eduardo?

—Sí —dijo ella y luego agregó—: O al menos él está bien conmigo. Es muy bueno. No puedo quejarme, no debo quejarme.

—Conmigo sí puedes. Por eso vine —dije yo, y en seguida me arrepentí de haberlo hecho. Sonaba falso y, sobre todo, precipitado.

Sin embargo, a Marta no pareció molestarle y tal vez hubiera seguido hablando; pero en ese momento el niño mayor se acercó a nosotras.

—Te llama papá —dijo.

Desde la terraza, Eduardo nos hacía señas. El niño dejó que lo tomara de la mano y caminamos hacia la casa.

—Llevo media hora gritándoles. ¿Están sordas? —dijo Eduardo cuando estuvimos lo suficientemente cerca para poder oírlo.

—La brisa no deja oír —contestó Marta.

Él se perdió en la casa y salió a recibirnos al corredor.

—¿Quieres tomar algo? ¿Una cerveza, un ron? —me preguntó.

—¿Ya vas a empezar? —dijo Marta.

—Hay que celebrar la llegada de Elena, ¿no? —dijo él, sonriendo, y volvió a preguntarme—: ¿Un ron?

—Deja siquiera que conozca la casa —insistió Marta.

—Ya tendrá tiempo para eso —contestó él sin sonreír ya—. Te preparo un ron —terminó dirigiéndose a mí, y antes de entrar otra vez a la casa se volvió hacia Marta—. Y otro a ti.

Sacamos tres sillones de mimbre de la sala y nos sentamos en el corredor, frente al mar. El niño se trepó a mis piernas y me preguntó si sabía nadar y luego cómo me llamaba. Hablaba con mucho acento y eso lo hacía parecer más simpático todavía. Le dije a Marta que, a pesar de mi primera impresión, sí se parecía a ella.

—No se lo digas a mi suegra, que te mata —contestó.

Eduardo regresó con las copas en una bandeja y se sentó junto a nosotras. Marta sólo le dio unos cuantos tragos a la suya y dijo que tenía que irse a preparar la cena de los niños. Me ofrecí a ayudarla; pero ella se negó, y me dejó sola con Eduardo, que hacía sonar los hielos de su vaso, tomándose la bebida a pequeños sorbos rápidos y nerviosos. La puesta del sol se prolongaba indefinidamente, manchando mar y cielo de rojo y amarillo, acentuando su inmensidad y su indiferencia ante su propia belleza. La mayor parte de los bañistas se había retirado y alguien había quitado las sombrillas de la arena; pero la temperatura era deliciosa. Por un momento me pareció que todo era irreal y yo no podía ser la que estaba aquí, junto al marido de Marta, en un lugar que había resultado no sólo distinto de lo que me había imaginado sino absolutamente imprevisto. Pensé que también Marta me había resultado más que diferente desconocida y me di cuenta de que había tenido que hacer un esfuerzo para hablar con ella y de que en realidad no deseaba que me contara nada

porque en esas condiciones me hubiera sido imposible comprenderla. Aquí, ella pertenecía a este mundo y yo tenía que llegar a unirla a él de la misma manera que necesitaba ver con otros ojos a Eduardo para poder reconocerlo en esa persona en camisa, un poco más delgada que la que había conocido en México y, sobre todo, desprovista por completo de la apariencia de incomprensión que allá lo hacía ver inseguro y un poco fuera de lugar.

En tanto, Eduardo había terminado su copa sin dirigirme la palabra; me di cuenta también de que tenía que decirle algo y volví a mirar hacia el mar, tratando de encontrar algún tema.

—¿Siempre está así de tibia el agua del mar? —pregunté al fin.

Eduardo tuvo que mirarme un instante antes de contestar, como si mis palabras tuvieran que ser pensadas además de oídas para hacerse comprensibles.

—Sí —dijo luego—, siempre. ¿Te gustaría nadar?

—No… no sé… Ya no hay sol. Creo que me daría un poco de miedo —dije yo, un poco sorprendida también.

—¿Miedo, por qué? El mar es muy bajo aquí. No puede pasar nada. Si quieres, yo te acompaño —siguió él.

—Creo que prefiero esperar hasta mañana —dije yo.

Él se limitó a sonreír y volvimos a quedarnos callados. Luego, haciendo un esfuerzo, me preguntó cómo estaba el padre de Marta. Le dije que yo ahora lo veía muy poco, pero que me parecía que estaba bien o al menos como siempre y él murmuró casi para sí:

—México…

De pronto, recordé el día de su boda con Marta. Entonces había pensado que Eduardo era realmente guapo; pero por encima de todo me había parecido extraño que de ahí en adelante fuera a ser el marido de Marta. Sin embargo, cuando regresaron de la luna de miel y fui a verlos a la casa del padre de ella, donde se habían detenido por unos días antes de venirse definitivamente a Mérida, era indudable que Marta estaba ya más cerca de él que lo que había estado de mí o de cualquier otra persona durante toda su vida.

—¿Quieres otra copa? —me preguntó Eduardo en ese momento.

—No, gracias, todavía tengo —contesté, y luego agregué, sin pensar—: ¿Bebes mucho?

Se rió a medias, casi tímidamente.

—Según Marta, sí. Pero es mentira. Lo que pasa es que aquí todo el mundo bebe. Hay muy pocas cosas que hacer…

—En México también se bebe mucho —dije.

—Sí; pero aquí es distinto. Ya lo verás. La gente se aburre…

—¿Tú también?

—Tal vez… Un poco —dijo Eduardo—. No es sólo eso en cualquier forma. Las cosas han cambiado mucho. Marta y yo tenemos que vivir aquí y a veces ella se desespera y yo también. Pero esta casa no nos cuesta nada y es mejor esto que vivir con mis padres. Marta te debe haber contado ya todo eso, ¿no? El dinero es un lío…

—Sí, me lo imagino —dije, un poco turbada.

—A mí me gusta esta casa; pero comprendo que a veces es muy incómodo vivir lejos de todo —siguió él—. No tenemos teléfono, ni nada; se está bastante aislado. Menos estos meses, claro… Y también tenemos amigos que vienen todo el tiempo. Pero no sé… Marta tenía muchas ganas de que vinieras —terminó de pronto.

Sonreí, sin saber qué decir.

—Voy a servirme otra copa —dijo Eduardo, poniéndose de pie—. ¿De veras no quieres una?

—No —dije—. Espero aquí.

Pero cuando él se metió, pensé que era absurdo que no hubiera entrado a la casa todavía y lo seguí. La sala era amplia y muy cómoda. Estaba amueblada con sillones de mimbre para playa y en uno de los rincones tenía una pequeña barra. A través de la ventana seguía viéndose el mar. El comedor ocupaba el otro extremo de la estancia y Marta estaba ahí terminando de darle de comer al niño mayor. Me acerqué a ella y me dijo que podíamos subir a que viera mi cuarto. Era otra hermosa habitación que daba directamente a la playa; las palmas de uno de los cocoteros rozaban la ventana lateral. Eduardo había dejado mi maleta sobre la cama y Marta me ayudó a desempacar. El niño, que había subido con nosotras, tomaba continuamente las cosas y se empeñó en guardarlas él mismo hasta que Marta perdió la paciencia y llamó a la nana para que viniera a acostarlo. Me cambié el vestido por unos pantalones y una blusa, y antes de que Marta, Eduardo y yo termináramos de cenar se presentaron Celia y Lorenzo.

Al principio, ella insistió en que estaba segura de haberme conocido en México y mencionó todos los nombres y actividades posibles para darme a entender que conocía a mucha gente de allí; pero Marta se encargó de demostrarle que no tratábamos a la misma gente y era imposible que me hubiera visto. Entonces, Celia se puso a hablar de los niños y de sus amigos comunes y a mí me fue casi imposible intervenir en la conversación. Por su parte, Lorenzo se limitó desde el primer momento a saludarme cuando nos presentaron y se dedicó a hablar aparte con Eduardo. Debía tener la misma edad que él; pero la gordura lo hacía parecer mucho mayor. Los dos bebieron mucho y Celia hizo varias bromas sobre esto, con un tono que

indicaba que éstas seguían una fórmula establecida mucho antes, y que ninguno de los dos se preocupó de tomar en cuenta. Al fin, Lorenzo recordó de pronto que había una reunión en casa de otros amigos y propuso que fuéramos. Entonces, Celia comentó que Rafael debería estar ahí. Fue la primera vez que oí su nombre y no sé por qué lo recordé después; pero entonces no significaba nada para mí y la idea de conocer a más gente me asustaba un poco. Dije que estaba cansada y le propuse a Marta que se fueran ella y Eduardo; pero se negó rotundamente.

Al quedarnos solos otra vez, me di cuenta que apenas eran las nueve y media y resultaba un poco absurdo pensar en acostarse tan pronto. Durante la cena, Marta y yo habíamos tratado de hablar un poco de México y del pasado, pero la presencia de Eduardo me hacía sentir la obligación de hacerlo intervenir en la conversación y cambiaba continuamente de tema para que él tuviera también algo que decir. Ahora los tres nos quedamos callados y me pareció que a él le hubiera gustado ir a la otra reunión. De la carretera llegaba continuamente el rumor de coches, cláxones y voces, produciendo una sensación de actividad y movimiento que contrastaba con el silencio de la mancha oscura en que se había convertido la playa. Eduardo se sirvió otra copa y yo le pedí una para mí. Me la sirvió sin hablar, evitando la mirada de reproche de Marta. Hacía calor otra vez y al terminar la copa les pregunté si no les gustaría salir a la playa un momento. Aceptaron y nos sentamos frente al mar, en silencio, cambiando sólo de vez en cuando algunas frases sobre la belleza de la noche. Había luna y el cielo estaba despejado; pero aun en la semioscuridad la noche convertía al mar en una fuerza oscura y un poco temible, cuyo rítmico rumor producía una sensación de vida independiente, ajena por completo a nosotros.

—Parece increíble que estés aquí, con nosotros, y a pesar de eso tengo la sensación de que siempre ha sido así y es absolutamente natural —comentó de pronto Marta; pero por encima de sus palabras, yo me sentía sola y no pude dejar de preguntarme si no había sido una equivocación decir que podía quedarme tanto tiempo.

Al fin, Eduardo dijo que estaba cansado y se iba a acostar. Me sentí obligada a aclarar que sentía mucho que por mi culpa hubiera dejado de ir a la reunión con Celia y Lorenzo, pero él me aseguró que no tenía importancia.

—Hemos ido a esa misma reunión mil veces. No te preocupes; todas son iguales. Si tú y Marta quieren quedarse un momento hablando de mí no me importa. Comprendo que deben tener mucho que decirse.

—No —dijo Marta, tomándolo del brazo—. Yo también estoy cansada. Mejor vámonos. Tenemos tiempo de sobra para hablar.

Los seguí a la casa. Mirándolas desde la playa, la interminable hilera de casas iluminadas, con las fantasmales sombras de las palmeras sobresaliendo a los lados

o por detrás, parecían envueltas en el rumor de eternidad que se desprendía del mar, pero, prestando atención, también era posible escuchar el ruido de los coches más allá y hasta la música lejana de algún tocadiscos.

La brisa se había ido y en mi cuarto hacía calor otra vez, pero me dio vergüenza acostarme desnuda, como hubiera querido, y me puse el camisón, sin poder dejar de pensar que era una ridiculez. Antes de que apagara la luz, Marta entró y se sentó en la orilla de la cama.

—Es increíble, pero Eduardo ya se durmió. Hace calor, ¿verdad?

—Sí, un poco —dije yo.

—Aquí todo el mundo duerme en hamaca. Si quieres intentarlo puedo ponerte una…

—¿Tú también? —pregunté.

—No —dijo ella—. Yo no he podido acostumbrarme. Pero dicen que es mucho más fresco.

—Prefiero la cama, en cualquier forma —dije.

Ella se quedó callada un momento, sin mirarme.

—Ha sido un poco deprimente, ¿verdad? —dijo luego.

—¿Qué cosa? —pregunté yo, sinceramente sorprendida.

—Todo —contestó ella—. Los padres de Eduardo y esta velada deliciosa con Celia y Lorenzo. No creas que todos son así. Hay gente mucho mejor. Lo que pasa es que es un círculo demasiado cerrado y se acostumbran a no hablar más que de sus cosas.

—Yo he estado muy a gusto, de veras. Me parece que el lugar es precioso —dije.

—¿Vas a decírmelo a mí? —contestó ella, sonriendo sin alegría—. Admito que me he embrutecido un poco, pero no llego a tanto.

—De cualquier forma todo es precioso —insistí.

—Todo. Menos la gente —dijo ella—. Tengo que confesarte que me has dado un poco de envidia.

—¿Por qué?

—No sé. Te ves distinta. Y eso es muy importante.

—Tú sabes perfectamente cómo soy.

—Claro —siguió ella, con un gesto que me hizo reconocerla otra vez y volver a sentir el cariño de siempre—. Pero al verte he pensado que yo ya no soy así y eso no me gusta. No sé lo que quiero, ni lo que espero, ni por qué hago las cosas o dejo de hacerlas, sobre todo lo último —dijo después.

—No te entiendo. ¿Pasa algo? Tienes a Eduardo y a los niños…

—Sí. Tengo todo eso. Debería bastarme, ¿verdad?

—No sé —dije yo—. Eso es cosa tuya. Tú eres la que tienes que decirme si pasa algo.

—Sí, tal vez. Más adelante —contestó ella. Me dio un beso en la mejilla y se puso de pie—. Me da mucho gusto que hayas venido. Tenemos que divertimos y hablar de ti, no sólo de mí. Yo también quiero saber cómo estás. Hasta mañana.

—Hasta mañana —dije yo, y las dos nos reímos.

Le pedí que apagara la luz al salir, pero me quedé despierta mucho tiempo, deseando a Pedro y pensando en México, sintiéndome extraña en la habitación y tratando de escuchar el rumor del mar para olvidar todo eso.

III

Marta y yo nos conocimos en la Preparatoria, a los pocos meses de haber empezado a estudiar allí y durante más de cinco años fuimos inseparables. La vi por primera vez en el café donde nos reuníamos al salir de clases. Yo estaba sentada en una de las mesas hablando con un muchacho que me gustaba y, de pronto, ella se acercó a saludarlo, mirándome con una sonrisa burlona, y se alejó antes de que él pudiera presentármela. Después, durante todo el tiempo que el muchacho y yo estuvimos allí, mi mirada se encontró con la suya cada vez que me volvía hacia la mesa donde ella estaba sentada. Pensé que era bonita, pero no más que yo, y aunque tuve que admitir que iba bien vestida y parecía diferente de las demás muchachas de la Preparatoria, decidí que era insoportable y traté de aparentar que me estaba riendo de ella con mi amigo, a pesar de que ni siquiera me atrevía a preguntarle de dónde la conocía y por qué se había turbado cuando se acercó a saludarlo. Pero ella no se dio por enterada y, al día siguiente, durante uno de los descansos entre una clase y otra, se acercó a mí y me preguntó si el muchacho era mi novio. Su seguridad me hizo sentirme indefensa y, sin pensar que le sería muy fácil descubrir mi mentira, le dije que sí. Contestó en seguida que también era novio de una amiga suya y quería advertírmelo para evitarme un desengaño. Con una falsa dignidad, le dije que no me interesaban los chismes y me metí a mi salón de clase; pero a la salida la encontré esperándome en la puerta y me dijo que le gustaría acompañarme a mi casa. Le pregunté para qué y ella respondió levantando ligeramente los hombros:

—Me caes bien y creo que podríamos llegar a ser amigas. Fíjate y verás cómo parecemos menos brutas que las demás.

Tuve que reírme y acepté que me acompañara. En el camino, mientras hacíamos planes contra mi infeliz amigo, descubrí que ella también me caía bien. En esa época todas teníamos grandes pretensiones intelectuales y ella había leído muchos más libros que yo, estaba también llena de proyectos y era capaz de hablar de ellos con una seguridad que me pareció fascinante.

Entonces éramos incapaces de sentir el tiempo y todo pasaba con una rapidez sorprendente. Sin darme cuenta, muy pronto me pareció que la había conocido toda mi vida. Nos encontrábamos por la mañana en la Preparatoria y nos pasábamos juntas el resto del día caminando por las calles, revolviendo libros sucios en las librerías de viejo, en el cine, estudiando en su casa o en la mía, sintiendo en todo momento que teníamos una interminable serie de días semejantes por delante y que nada nos impediría llegar a realizar todos nuestros planes, que eran muchos.

Marta vivía con su padre en Las Lomas, en una casa sola, de un piso, rodeada por un pequeño jardín, que ella misma se encargaba de cuidar, haciendo de esto toda una ceremonia que de alguna manera se relacionaba con Omar Kayam y a mí me parecía ridícula y encantadora al mismo tiempo, como casi todas sus acciones. Aunque yo la llevé a mi casa en seguida, pasaron varios meses antes de que ella se decidiera a invitarme a la suya; pero cuando fui por primera vez me encantó el contraste entre su casa y la mía y me hizo sentir una especie de envidia por la independencia que ella podía tener. En mi departamento, con mi madre y mis tres hermanos, apenas podíamos dar un paso sin encontrarnos unos con otros; en cambio ella tenía toda su casa para sí. Las dos criadas la trataban como la señora y ella daba órdenes, pedía y regañaba con una naturalidad absoluta. Sin embargo, muy pronto descubrí que esa independencia era en realidad muy relativa, porque aunque la mayor parte de las veces su padre nada más llegaba a dormir y la dejaba sola todo el día, su autoridad se hacía sentir en la casa continuamente. Marta podía recibirme como la dueña absoluta, ofrecerme copas y pedir que nos prepararan café; pero antes de salir teníamos que limpiar cuidadosamente los ceniceros y borrar todo rastro de esas tardes interminables en las que jugábamos a ser mayores escuchando discos, bebiendo y hablando hasta la saciedad de las posibilidades de todos los muchachos de la Preparatoria y de la pedantería o simpatía de nuestras compañeras. Quizás por esto, a pesar de la relativa independencia que teníamos en su casa, ella parecía gustar mucho más de la confusión y el desorden de la mía, y muy pronto mi madre y mis hermanos se acostumbraron a verla casi como un miembro más de la familia, que llegaba inclusive cuando no estaba yo y se pasaba allí las horas muertas, hablando con mi madre o simplemente encerrada en mi cuarto, leyendo.

Sin embargo, nuestra relación no era nada fácil. Cuando estábamos solas, todo parecía sencillo y natural: hablábamos de nuestros proyectos, planeábamos viajes fabulosos y, sobre todo, tratábamos de convencernos de que nuestras vidas serían distintas a las de todas las personas mayores que conocíamos. Estábamos seguras de que siempre tendríamos tiempo de sobra para estudiar miles de cosas, de que aprenderíamos idiomas y a bailar, y de que nada podría llevarnos a cambiar la clase de

vida que nos gustaba por una seguridad insípida y aburrida. Y hablar de esto en la casa de Marta, echadas sobre la alfombra, sin llegar a tocar los libros que sacábamos de la biblioteca, escuchando algún disco y olvidándonos de prender la luz cuando empezaba a oscurecer, o caminando por la calle, mientras la luz de la tarde parecía haberse detenido para siempre entre los árboles, resultaba inagotable. Pero cuando salíamos con alguna amiga o especialmente con muchachos, de una manera casi inconsciente, pero que a pesar de sus esfuerzos siempre resultaba inevitable, Marta establecía una forma de competencia entre nosotras dos y se empeñaba en estorbar o trataba de evitar cualquier actividad mía que no girara por completo alrededor suyo. Con los muchachos esto era particularmente exasperante porque ella intentaba apartarme de todos los que me gustaban interponiéndose entre ellos y yo o atacándolos y ridiculizándolos hasta que conseguía que dejaran de interesarme. Sin embargo, a mí esta característica me parecía simplemente uno de sus rasgos y la pasaba por alto porque en verdad con nadie estaba tan a gusto como con ella y nuestra complicidad, el conocimiento de que podíamos apoyarnos una en la otra, nos hacía sentirnos mucho más seguras frente a los muchachos.

Entonces salíamos con todos los que nos invitaban y nos enamorábamos definitivamente cada semana; pero, aunque algunas tardes aprovechábamos la soledad de la casa de Marta para bailar y teníamos fiestas todos los sábados, yo no había permitido todavía que nadie me besara y Marta sólo podía recordar los besos que varios años atrás le diera uno de sus primos cuando ella iba a comer a su casa y los dos se escondían en todos los lugares posibles. Hablábamos continuamente también de esa posibilidad y tratábamos de seleccionar al candidato más adecuado; pero nuestro primer año en la Preparatoria terminó sin que ni ella ni yo nos decidiéramos por ninguno. Muchas veces, bailando en la casa de Marta, sentí que había llegado el momento cuando en la semioscuridad mi pareja me abrazaba por completo y el contacto de su cuerpo, con sus piernas entre las mías, me llevaba a permitir que me besara en el pelo y en el cuello; pero en el último instante algo me decía que era mejor esperar, y buscando con la vista a Marta me daba cuenta de que ella tampoco llegaba a nada y, en cierta forma, eso me afirmaba en mi convencimiento.

El año siguiente nos inscribimos en las mismas clases y empezamos a tomar lecciones de francés por la tarde. De acuerdo con nuestros planes, ese año, siendo también compañeras de grupo, deberíamos de haber estado mucho más unidas, pero en las lecciones de francés conocí a un muchacho, empecé a salir con él y dejé de ver a Marta casi por completo fuera de las horas de clase. Al principio, él nos gustaba a las dos; pero muy pronto nos dimos cuenta de que la que le interesaba a él era yo. Este descubrimiento me llevó a mantenerlo alejado durante un tiempo.

Sentía un placer especial al comprobar cómo me miraba y trataba de encontrar la oportunidad de quedarse a solas conmigo y, por eso mismo, me empeñaba en prolongar esa situación, lo evitaba cuidadosamente y, cuando aceptábamos que nos acompañara a algún lado, conseguía siempre que tuviera que dejarnos a Marta y a mí al mismo tiempo. Luego, a solas con Marta, me reía de su turbación y creía sinceramente que ya no me interesaba y sólo quería mantener su admiración por mí porque resultaba divertida; pero una tarde fuimos con él a casa de Marta y ella puso unos discos y se las arregló para que él bailara con ella solamente, obligándome a mí a mirarlos desde uno de los sillones, sin poder hacer nada por separarlos, fingiendo una indiferencia que ya no sentía, hojeando sin ver los libros de la biblioteca de su padre. Por la noche, a solas en mi casa, furiosa con Marta, me propuse conseguir que se me declarara.

Cuando Marta supo que éramos novios se rió mucho y me dijo que se lo debía a ella; pero entonces yo pensaba ya que el muchacho me gustaba realmente y me propuse estar en serio con él, aunque al principio me sentía muy turbada cuando nos quedábamos solos y, en el fondo, más que cariño por él, sentía una especie de atracción hacia mi propio miedo. A los pocos días, en una de las calles cercanas a mi casa, me besó por primera vez. Fue un beso rápido, que los dos rompimos antes de empezar a sentir nuestros labios verdaderamente, atentos más a la acción en sí que al placer de besar; pero la noche siguiente, como si los dos obedeciéramos a un acuerdo que no era necesario formular, nos detuvimos en el mismo sitio y yo dejé que me abrazara y esperé con plena conciencia su boca, sintiendo su cuerpo contra el mío y sus manos en mi espalda, y abrí casi sin darme cuenta los labios cuando los suyos los tocaron.

Marta me preguntaba continuamente si ya me había besado, pero no le dije nada de esto. Quería guardarlo todo para mí y durante casi todo un año lo logré por completo. Él se llamaba Enrique y estudiaba ingeniería. Pasaba por mí todas las tardes y en su coche aprendí a besarlo sin ningún miedo, dejé que me acariciara los pechos y los muslos, sintiendo quizás más placer por el que advertía en él que por mí misma, y durante noches y noches pensé que si me pidiera al día siguiente que nos acostáramos aceptaría en seguida, aunque la posibilidad de quedarme embarazada me aterrorizaba y mi única obsesión era encontrar a alguien al que pudiera preguntarle cómo se evitaban fácilmente los hijos. Pero en lugar de pedírmelo, sólo se atrevió a proponerme un día que fuéramos a un hotel y lo dejara desnudarme sin hacerme nada. Sentí desilusión y un poco de asco, y me di cuenta de que en el fondo él tenía tanto miedo como yo.

En tanto, Marta había empezado a andar con uno de los alumnos de la

Preparatoria que jugaba futbol americano y la hizo olvidar por completo no sólo las clases de francés, sino todos sus planes anteriores. Ahora ella soñaba con formar parte de la porra universitaria, se pintaba mucho más que antes, se peinaba distinto y en las pocas ocasiones que los vi juntos parecía avergonzarse delante de él de todas sus antiguas pretensiones intelectuales. Yo sentía una gran necesidad de saber si había llegado a acostarse ya; pero no me atrevía a preguntárselo porque ella parecía ahora mucho más segura de sí misma y yo me negaba a hacer el papel de ingenua, hasta que una noche, cuando las clases habían terminado y el año se acercaba otra vez a su fin sin que yo pudiera creer que había pasado tan rápidamente, Marta se presentó en mi casa y me dijo que quería hablar conmigo.

Nos encerramos en mi cuarto y empezó a contarme con palabras entrecortadas que su novio había terminado con ella y, por último, rompió a llorar. Inexplicablemente, yo me sentí muy triste también, como si tuviera la obligación de sentirme igualmente derrotada sólo porque ésa era una posición mucho más interesante. Fui al comedor por los restos de una botella de tequila que recordaba haber visto en uno de los aparadores y cuando nos la terminamos regresé por otra de vermouth. Marta tampoco se había acostado con nadie todavía, pero las dos sentíamos que habíamos vivido mucho durante ese año y después de contarnos minuciosamente todo lo que sentíamos cuando nos tocaban, hasta dónde habíamos llegado y lo que les hacíamos hacer a nuestros novios, estábamos seguras de saber ya todo lo que podía esperarse del amor. Antes de estar completamente borrachas, ella llamó a su padre para decirle que iba a quedarse a dormir conmigo. Yo tuve que hablar también con él para convencerlo de que Marta estaba efectivamente en mi casa y por último mi madre tomó el teléfono para terminar de tranquilizarlo y en seguida recomendarnos que no hiciéramos más tonterías y nos fuéramos a dormir. Pero nosotras estábamos demasiado contentas con nuestra tristeza para pensar en hacerle caso. Regresamos al cuarto a terminar la botella de vermouth y hablamos hasta que las dos tuvimos que ir al baño a detenernos mutuamente la frente mientras vomitábamos, sin dejar de reírnos un solo instante, a pesar del malestar. Mi hermano tuvo que ayudarnos a llegar otra vez al cuarto. Al quedarnos solas, Marta se tiró riendo sobre la cama y dijo que iba a dormirse vestida. Yo me incliné sobre ella para desvestirla y después de sacarle con mil trabajos el vestido y conseguir quitarle el fondo, sentí que tiraba de mí y me dejé caer sobre ella. Me dio un beso en la mejilla y dijo:

—Te quiero mucho…

Sin darme cuenta de lo que hacía, la besé ligeramente en la boca y me quedé acostada a su lado, sin tocarla para nada, un poco asustada. Un momento después, con la cabeza apoyada en la mano y el codo sobre la cama, se volvió a mirarme.

—Es una lástima que no seamos lesbianas, ¿no crees? Todo sería mucho más sencillo.

—Sí —dije, sonriendo.

Luego, conseguí desvestirme también y nos quedamos dormidas sin intentar siquiera meternos bajo las mantas.

Nunca más hablamos de eso; sin embargo, en cierto sentido, esa breve escena nos hizo comprender que todo lo anterior había sido sólo un juego y quizás ahora tendríamos que empezar a conocer las cosas realmente, intentando aceptarlas. Pero ese conocimiento era todavía demasiado oscuro para que pudiéramos expresarlo y ni siquiera teníamos una conciencia clara de él.

Sin embargo, los primeros años de Universidad pasaron mucho más lentamente y sin ningún cambio casi. Yo terminé con mi primer novio para empezar una nueva relación semejante en casi todo a la anterior; pero ahora Marta y yo parecíamos haber llegado a un acuerdo silencioso. Contarnos todo lo que hacíamos con los muchachos de la manera más grosera posible, y siempre con la misma mezcla de risa y excitación, se convirtió en un acto mecánico, pero no permitíamos que esas relaciones interfirieran en nuestra amistad y, sobre todo, aceptábamos que ya no teníamos el entusiasmo de antes.

Por lo general, preferíamos no hablar más de nuestros proyectos, que ahora parecían demasiado ingenuos y, además, irrealizables. Las lecciones de francés formaban parte de la rutina y después de cinco sesiones abandonamos la idea de estudiar baile. Enfrente estaban los días demasiado parecidos entre sí en la Facultad, la ligera excitación y el temor durante los exámenes y la sensación de que había sido exagerado cuando terminábamos con ellos. Si como alumnas no éramos especialmente brillantes, el esfuerzo para serlo tampoco parecía valer mayormente la pena y el ambiente de la Facultad no era más que una reproducción con pequeñas variantes del de la Preparatoria. Todavía resultaba divertido escuchar los gritos y silbidos cuando caminábamos por los corredores y percibir la atención especial que nos dedicaban algunos maestros, lo mismo que salir de vez en cuando con los compañeros y hacerse desear mientras bailábamos y dejarse besar cuando conseguían que nos dejáramos llevar también por el encanto del juego, para hacernos confidencias después; pero la sensación de que estábamos repitiendo algo que había perdido todo sentido mucho tiempo atrás resultaba inevitable y nos llenaba de cansancio.

Cuando me quedaba en su casa, el padre de Marta me trataba ahora con mucha más consideración, como si de pronto hubiera empezado a pensar que ya éramos alguien y se podía hablar realmente con nosotras. Sin embargo, sus esfuerzos por demostrar que le interesaban nuestras carreras o la prueba de confianza que nos

daba al hacernos graves confidencias sobre su soledad desde la muerte de la madre de Marta sólo nos hacían pensar que en el fondo era mucho más ingenuo que nosotras y sus problemas tenían tan poca importancia, eran tan inexistentes en realidad como los nuestros.

Sin darse cuenta del sentido oculto de la conversación, podía pasarse horas enteras hablando de las semejanzas entre la madre y Marta y toda su relación con ella estaba determinada por esa lucha entre el deseo de considerarla como algo totalmente suyo y la conciencia de que Marta debería llegar a tener una vida independiente. Ella me había contado que durante muchos años no le permitió llevar a ninguna amiga a su casa y él mismo la llevaba a todos lados para que no tuviera que salir con nadie más. Luego cambió de actitud y la abandonó casi por completo, pero manteniendo una vigilancia continua sobre ella y controlando todos sus actos. Por último, ahora, como yo misma podía advertirlo, parecía empeñado en conquistarla para sí portándose como una especie de amigo comprensivo, venciendo todos los impulsos que lo llevaban a intentar ejercer su autoridad, aunque nosotras mismas nos dábamos cuenta del extraordinario esfuerzo que le costaba en algunas ocasiones mantener esta línea de conducta.

Para Marta, esta situación era mucho más cómoda y le permitía aliviar la tensión que durante tantos años había sentido y sufrido en la relación con su padre.

Observando la conducta del padre con nosotras, sintiendo que comprendía sus motivos más claramente aún que él mismo, yo recordaba también cuánto había creído sufrir a los once años cuando supe que mi padre tenía una amante y mi madre nos dijo a mí y a mis tres hermanos que iba a divorciarse. Entonces, mi hermano pequeño y yo solíamos encerrarnos en el baño para llorar juntos sin que nadie nos viera, pensando que los demás no podían entender lo que nos pasaba, y en la escuela esperaba con verdadera ansiedad las ocasiones en que los padres de las demás alumnas fueran a la escuela, para pensar que yo, que sólo podía llevar a mi madre, era diferente, estaba marcada con un sello especial. En cambio, ahora sentía que si tuviera la oportunidad de ver a mi padre podría decirle que lo comprendía perfectamente y jugaba con la idea de localizarlo para escribirle una carta explicándole todo eso y pidiéndole que me permitiera verlo. Pero también eso parecía inútil y no era más que un intento sentimental de volver a sentir las emociones de la niñez, parecido al que continuamente realizábamos Marta y yo cuando, en las tardes interminables, imposibles de llenar, tratábamos de recordar nuestro primer año en la Preparatoria con una nostalgia exagerada, sin darnos cuenta o sin querer admitir que esa vida que ahora nos parecía tan intensa y tan llena de descubrimientos era casi igual a la que llevábamos en ese momento y su único

atractivo era la novedad, el haber señalado un principio que ahora parecía embellecido por el tiempo.

En tanto, mi hermano mayor se casó y en su boda conocí a un amigo suyo, un poco mayor que él, que trabajaba en su misma oficina. Se llamaba Héctor y durante los meses siguientes logró que el tiempo volviera a adquirir para mí un ritmo distinto. Desde que nos presentaron, en la puerta de la iglesia, se quedó a mi lado y al despedirnos, después de haber estado conmigo durante todo el banquete de bodas, me invitó a salir con él al día siguiente. Acepté porque me pareció que sería interesante salir con alguien mayor que los muchachos que veíamos regularmente y al principio esa diferencia de edad me hizo sentir no sólo que era distinto, sino que, además, tenía una especie de autoridad sobre mí que me obligaba a tomarlo en serio. Él parecía ser consciente de esa sensación y durante nuestras primeras salidas juntos me trataba con una simpatía que dejaba ver una cierta condescendencia, riéndose de mis juicios y opiniones como si en realidad lo único que importara de ellos fuera la gracia, juvenil para él, con que yo los expresaba. Intentar practicar con él el mismo juego de acercamiento y alejamiento que empleábamos con los compañeros de la Facultad era imposible y desde la primera noche yo dejé que me besara al despedirse y a partir de ese beso me tratara en adelante como si fuera su novia.

Al principio, no sabía si me gustaba realmente o sólo me sentía atraída por la diferencia de trato que lo hacía parecer superior a los demás; pero por lo menos me divertía con él y la sensación de que tenía que tomarlo en serio hacía las cosas mucho más interesantes. Vivía con su madre y nunca quiso pasar por mí a la Facultad ni tratar más que ocasionalmente a Marta entre todas mis amigas y conocidos. Iba a buscarme a mi casa y salíamos al cine o a cenar; luego, en su coche, nos besábamos interminablemente. En esas ocasiones parecía entregarse por completo a mí y me gustaba sentir el poder que esto me daba sobre él, aunque muchas veces la intensidad de su deseo vencía esa sensación de poder y yo cedía también al mío. Después él me preguntaba, con una ansiedad que lo hacía parecer particularmente intenso, si podría llegar a quererlo, y yo contestaba, sintiendo que era sincera y no tenía necesidad de fingir, que lo quería ya, pero él jamás parecía estar satisfecho con mis respuestas.

—A veces creo que eres demasiado joven. Para ti todo puede ser un juego, algo nuevo simplemente, y para mí no lo es.

—Tampoco para mí —insistía yo—. Ya te dije que te quiero, que creo que te quiero.

—¿Lo ves? Eso es lo malo. Tienes que agregar el "creo" porque no estás segura.

—¿Cómo se puede estar segura de nada? Lo hago sin darme cuenta. Pero además, creer que te quiero es quererte ya. No puedo ver las cosas de otra manera.

—Esa manera no es suficiente para mí. Necesito que cambies. Yo no creo que te quiero, te quiero, te quiero todo el tiempo, sin dudarlo jamás.

—Yo también te quiero. Tú eres el que me hace dudarlo. Tienes que aceptarme como soy.

Entonces él, que hasta ese momento había estado serio y muy tenso, se reía casi paternalmente, como si de pronto comprendiera que era inútil discutir así conmigo.

—¿Y cómo eres? —preguntaba, sonriendo todavía.

—Como me ves. Muy vieja —decía yo.

—Yo te veo muy niña. Y muy guapa, increíblemente guapa. Y veo que te necesito y que no te tengo.

Yo trataba de examinar su cara para decidir si él me parecía guapo también. No llegaba a saberlo realmente; pero pensaba que me gustaba en cualquier forma y sobre todo que su interés me halagaba y me hacía sentir por él una curiosidad más fuerte que cualquier otro sentimiento experimentado hasta entonces. Le pedía que me besara y me dejaba llevar por completo. Al principio, él se detenía siempre en cierto momento, como si la conciencia de que yo era demasiado joven lo obligara a vencerse para protegerme; pero poco a poco yo lo obligué a avanzar cada vez más y en varias ocasiones llegó a tenerme casi desnuda en el coche, y dispuesta a todo.

Al fin, yo misma le propuse que, si no podía llevarme a su casa por su madre, fuéramos a un hotel. Él se negó. Hablábamos ya de que teníamos que casarnos y durante esos primeros meses yo creía que estaba dispuesta a hacerlo, pero era incapaz de pensar en eso como algo inmediato y en cambio sentía cada vez más que deberíamos acostarnos juntos. Héctor trató de evitarlo; pero terminamos haciéndolo, en un hotel.

La primera noche, cuando él aceptó que fuéramos y puso en marcha el coche otra vez para dirigirse al hotel, sentí un poco de miedo y por un instante pensé en pedirle que mejor esperáramos un poco más. Habíamos estado besándonos como siempre y yo tenía la blusa totalmente abierta y estaba muy excitada. En el camino, llevada por ese sentimiento de miedo, traté de apartarme y abotonarme la blusa; pero él me atrajo hacia sí, siguió acariciándome y no llegué a decir nada. Al entrar al hotel cerré los ojos y esperé hasta que él me dijo que teníamos que bajarnos del coche. Tenía la voz ronca y estaba también un poco turbado. Me desvistió él mismo y me llevó a la cama. Cuando se apartó para desvestirse, traté de olvidar dónde estaba, pensando que me gustaba su cuerpo y era hermoso verlo desnudo. Luego se acercó otra vez y me preguntó si quería que apagara la luz.

—No —dije—. Me gusta mirarte y que me mires.

Un momento después, me dijo casi al oído:

—Si te duele, avísame. No quiero hacerte daño.

Pero no tuve que decirle nada. Sin embargo, luego, me sentí avergonzada e incómoda de estar en ese lugar. Me vestí rápidamente y le pedí que nos fuéramos, y en el coche me mantuve aparte de él y le hice sentir que tenía la culpa de lo que había pasado; pero antes de despedirme ya lo había olvidado todo y aunque esa primera noche él me prometió que no volveríamos nunca más y en cambio nos casaríamos en seguida, a los dos días regresamos otra vez.

La intensidad de nuestra relación me hizo olvidar todo sentimiento de culpa y durante esos primeros meses sentí que estaba realmente enamorada, aunque cuando él hablaba de que nos casáramos siempre le pedía que esperara, alegando que por lo pronto estábamos muy bien y no había necesidad de apresurar las cosas.

Cuando Marta supo que me había acostado con Héctor me obligó a contarle todo, sin dejar fuera un solo detalle, a pesar de que a las dos nos daba una risa nerviosa. Luego, muy seria, confesó que le daba envidia, pero cuando supo que pensaba casarme con él trató de convencerme de que debería terminar la carrera antes y durante muchas tardes discutimos las ventajas y desventajas de mi situación como si la fe en nuestros proyectos de años atrás se hubiera mantenido viva hasta que conocí a Héctor. Sin embargo, poco después, ella conoció a Eduardo en una fiesta en casa de un amigo de la Facultad. Salió con él varias semanas antes de contarme nada y la primera vez que me habló de él me pareció que se avergonzaba un poco de que le gustara. Pero esa vergüenza, en lugar de reducir la imagen de Eduardo ante ella, se convirtió en una especie de ventaja, porque el conocimiento de que si me mentía sobre él yo me daría cuenta en el momento de conocerlo, la obligó a aceptarlo sin engaños desde el principio. Empezó explicándome que era absolutamente distinto a Héctor y que a ella le daba la sensación de que era más joven que nosotras, aunque en realidad nos llevaba tres años. Había venido a México a arreglar unos negocios de su padre y no sabía cuánto tiempo iba a quedarse; pero ella ya no quería ni siquiera pensar en que tendría que irse.

—Creo que yo también estoy enamorada —terminó, riéndose—. ¿No es el colmo? Acabaremos casándonos como todo el mundo. Pero no está mal, ¿verdad?

Luego, seria otra vez, me dijo que quería que yo lo conociera y quedamos en salir los cuatro juntos el sábado siguiente. Ese primer día, Eduardo también me produjo la sensación de que necesitaba que lo protegieran, no sólo porque su aspecto, su manera de hablarnos, tenía algo provinciano o al menos distinto al de la mayor parte de los muchachos que conocíamos, pues yo comprendía que eso podía hacer-